



ESTUDIOS EN HOMENAJE

al

DR. ANTONIO BELTRAN MARTINEZ

UN ESTUDIO SOBRE LA IBERIZACION DE LA PROVINCIA DE HUESCA

M.^a ALMUDENA DOMINGUEZ ARRANZ

Al menos una cosa parece clara a raíz de las últimas síntesis realizadas sobre la provincia de Huesca en la Prehistoria, y es la escasez de datos que disponemos para abordar el estudio de cualquier parcela de este amplio espacio cultural. Deficiencia difícil de subsanar en tanto no se cuente con mayor número de investigaciones apoyadas en trabajos de campo.

En la actualidad hay en marcha dos excavaciones de cierto interés — aunque sus resultados permanecen por el momento inéditos— que van a permitir sentar bases firmes en lo que concierne al comienzo de la iberización, por una lado, y a su final tras el impulso cultural que reciben estas poblaciones indígenas a través de la romanización, por otro. Me refiero a Olriols, con niveles ibéricos muy ricos, aunque tardíos, superpuestos a otros de final del Bronce y Halstatt; y a la Vispesa, cuyos hallazgos muebles y estructuras constructivas sitúan entre la época tardorrepública y un momento imperial aún no bien definido, seguramente el período flaviano. A pesar de su importancia estos trabajos deben valorarse en su justa medida ya que son aún insuficientes para transformar el conocimiento que teníamos sobre esta época. En dos o tres años la investigación podrá contar, sin duda, con bastantes datos de interés que permitirán perfilar la evolución cultural desde el Bronce final a la época romana, puesto que se va a disponer también de los resultados de otros trabajos y proyectos en curso de realización por parte de varios especialistas sobre la investigación del Bronce final y primera Edad del Hierro aragoneses. Y ellos deberán tenerse en consideración ante cualquier estudio serio sobre la iberización.

Aunque ciertamente constituye un error metodológico utilizar las fronteras geopolíticas actuales como delimitación espacial de la época que se quiere tratar aquí, se van a tomar como referencia por cuestión práctica. No se nos escapa que las tribus y elementos culturales definidores de las

mismas rebasaron estas fronteras artificiales en la Antigüedad, así, el actual territorio oscense quedaría inscrito prácticamente en el natural de ilergetes y jacetanos. Es lógico, pues, que las zonas que quedan a una y otra parte de la delimitación geográfica actual estuvieran en contacto.

El examen de los estudios que han atendido al problema de la iberización y sus precedentes en las tierras oscenses nos lleva invariablemente a percatarnos del carácter exiguo de los mismos. La información que aportan es muy general y por consiguiente limitada, ya que estudian el territorio dentro del amplio marco de Aragón en el mejor de los casos. Son datos que nos remiten a una bibliografía antigua y reiterada hasta la saciedad, y desde luego escasamente apoyada en investigaciones arqueológicas de campo. Desde las alusiones de Bosch Gimpera en sus varios escritos acerca de las tribus prerromanas que poblaron esta área, que constituyen las primeras noticias y estudios sobre los iberos oscenses, al margen lógicamente de los textos clásicos, que no vamos a citar aquí por ser harto conocidos. Precisamente con motivo del homenaje que el Institut d'Estudis Ceretans organizó en Puigcerdá a este insigne historiador y arqueólogo, en 1976, G. Fatás presentó un estado de la cuestión referido al poblamiento prerromano en el Pirineo Central, desde que sus habitantes son citados en un texto hasta el año 714 que marca un cambio en la evolución histórica de la zona. Cotejando las fuentes escritas con las numismáticas, la antroponimia y la geografía, el autor sitúa correctamente en el tiempo y en el espacio a uno de los pueblos antiguos que nos interesan aquí, los jacetanos¹.

No nos vamos a detener en los numerosos datos arqueológicos recogidos en las síntesis realizadas por el profesor Beltrán Martínez, de gran utilidad para construir un esquema general, aunque desgraciadamente proceden de hallazgos fortuitos o excavaciones antiguas en su mayoría, con lo que persisten muchas lagunas². No obstante, junto a otras publicaciones de corte parecido o referentes a aspectos más puntuales, han constituido la base para la elaboración del conjunto cartográfico que reúne el Atlas de Prehistoria y Arqueología Aragonesas, en el que se recogen escasas referencias a Huesca³. El postrer trabajo de recopilación está constituido por la *Carta Arqueológica de España: Huesca*, donde se revisan muchos de los datos arqueológicos ya conocidos, a la vez que se incorporan otros

1 G. FATAS: *La población prerromana del Pirineo Central según las fuentes y los testimonios antiguos. Estado de la cuestión*, en "Actas del 2 Colloqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdá", Institut d'Estudis Ceretans (Puigcerdá, 1976), Puigcerdá, 1978, pp 211-223. También, *Los pueblos antiguos del Pirineo Aragonés*, en "Cuadernos de Zaragoza" 33, Ayuntamiento de Zaragoza s. a. Y *Las tierras oscenses desde Sertorio hasta la invasión musulmana*, en "Alto Aragón, su Historia, Cultura y Arte", Sevilla, 1976, pp. 53-77.

2 Me refiero fundamentalmente a *Las investigaciones arqueológicas en Aragón*, en "Caesaraugusta" 1, Institución Fernando el Católico. Zaragoza, 1961, pp. 9-34. *La Edad de los Metales en Aragón. Algunos problemas de las culturas del Bronce Final y los albores del Hierro*. Discurso de ingreso en la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, Zaragoza, 1955. *La indoeuropeización del Valle del Ebro*, en "Actas del I Symposium de Prehistoria Peninsular", Pamplona, 1960, pp. 103-124. *Aragón y los principios de su historia. Síntesis de Arqueología Aragonesa*, Lección inaugural del curso académico 1974-1975. Zaragoza, 1974. *De Arqueología Aragonesa*, I. Zaragoza, 1978. *Arqueología Aragonesa*, en "Actas de las Segundas Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón" (Huesca, 1979). Zaragoza, 1980, pp. 119-144.

3 *Atlas de Prehistoria y Arqueología Aragonesas*, dirigido por A. Beltrán. Zaragoza, 1980. Hasta ahora se ha publicado el tomo I, esperamos en el próximo poder incluir nuevos hallazgos y rectificar otros.

nuevos. La información general que proporciona este libro y su cartografía sobre cada yacimiento podría entenderse como limitada a no ser por el carácter mismo de la obra cuyo objetivo fundamental fue el catalogar todos los yacimientos, materiales y noticias conocidos con vista a su protección por parte de las instituciones responsables y a su investigación más pormenorizada⁴.

Aspectos más puntuales se tratan en otras obras como *Las cecas del Valle del Ebro*, de carácter numismático y referida a un área geográfica concreta, que tiene interés aquí en tanto que reúne datos de las cecas indígenas que desde el siglo II antes de C. acuñaron en este ámbito espacial hasta su cierre o cambio de orientación efectuado por los romanos⁵. También de epigrafía, así el Padre Fita recogió el único ejemplar con inscripción en alfabeto y lengua indígenas conocido en la zona, procedente del yacimiento ibérico del Pilaret de Santa Quiteria⁶. El número de textos epigráficos poco ha cambiado en los setenta y cuatro años transcurridos hasta la publicación por parte de Antonio Beltrán del que rodea la mal llamada estela de Binéfar⁷. Como pusieron de relieve más tarde F. Marco y V. Baldellou se trata de una piedra arenisca paralelepípedica, fragmentada, perteneciente a un monumento arquitectónico con una simbología representada en sus superficies eminentemente indígena, que formó parte de un contexto ibérico romano a juzgar por los materiales que proporciona el yacimiento⁸.

La Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades y otras publicaciones nos dan cuenta de la labor de campo realizada en los términos de Villanueva de Sijena y Sena desde principios de nuestro siglo por los incansables investigadores V. Bardaviu, A. Panyella y J. Tomás. Se descubrieron numerosos yacimientos con restos atribuibles a los períodos de la Edad del Bronce, Hierro y Romano. Desgraciadamente los materiales, en su mayoría estudiados deficientemente y considerados en algunos casos más antiguos de la realidad hoy demostrada, se han desperdigado, mezclado o desaparecido. Esto impide su revisión en el marco de los conocimientos que disponemos en la actualidad y por consiguiente limita bastante su valoración⁹. También el Institut d'Estudis Ilerdencs ha dirigido gran parte de sus esfuerzos investigadores al área limítrofe entre las dos provincias, es decir, a las cuencas del Segre y Cinca, descubriendo bastantes

4 A. DOMINGUEZ, M. A. MAGALLON y P. CASADO: *Carta Arqueológica de España: Huesca*, ed. Diputación Provincial de Huesca. Zaragoza, 1984.

5 A. DOMINGUEZ: *Las cecas ibéricas del Valle del Ebro*, ed. Institución Fernando el Católico. Zaragoza, 1979, apartados 3.7; 3.14 y 3.20.

6 F. FITA: *Fraga. Inscripciones romanas e ibéricas*. BRAH. Madrid, 1984, p. 274.

7 A. BELTRAN: *La inscripción ibérica de Binéfar en el Museo Provincial de Huesca*, en "Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología" (Mérida, 1968). Zaragoza, 1970, pp. 518-522. No se trata de una estela sino del fragmento de un monumento arquitectónico hallado en el yacimiento ibero-romano de la Vispesa, término de Tamarite de Litera.

8 F. MARCO y V. BALDELLOU: *El monumento ibérico de Binéfar*, en revista "Pyrenae" 12. Barcelona, 1976, pp. 91-115. Próximamente saldrá a la luz el trabajo nuestro con E. M.^a Maestro: *Una aproximación al estudio del yacimiento ibero-romano de la Vispesa*, muy útil para ir conociendo el contexto arqueológico en tanto se redacta la memoria de la primera campaña de excavaciones realizada en 1984.

9 V. BARDAVIU: *Excavaciones en Sena*. Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 47. Madrid, 1922. A. PANYELLA y J. TOMAS: *Prospecciones arqueológicas en Sena (Huesca)*, en revista "Ampurias" VII-VIII. Barcelona, 1946, pp. 91-114.

yacimientos protohistóricos, y así se pone de manifiesto en diversas publicaciones de R. Pita y L. Díez Coronel¹⁰. De momentos más recientes son las investigaciones efectuadas por J. L. Maya¹¹ y E. Junyent, éste último realizó excavaciones en el yacimiento del Pilaret de Santa Quiteria en 1972, que todavía permanecen inéditas; aunque era ya conocido por las llevadas a cabo en 1967 por J. Querre, R. Pita y H. Sarny¹² cuyos materiales estamos en vías de localizar para revisarlos. También están las recientes excavaciones que desde el Museo Provincial y la Cátedra de Prehistoria del Colegio Universitario de Huesca se vienen realizando en la comarca de La Litera, y prospecciones aún inéditas.

De no ser por estos trabajos postreros ciertamente esperanzadores, de las líneas que anteceden deberíamos deducir un panorama desolador en el tema de la investigación ibérica oscense y sus precedentes. Ellos contribuirán en un futuro próximo a cambiar esta realidad y permitirán plantear hipótesis sobre bases más firmes, sin perder de vista que deben ser intensificados y extendidos a otras áreas.

Sin duda, la arqueología, toponimia y numismática son las ciencias que pueden ayudar a delimitar el territorio sobre el que se extendió la cultura ibérica, así como sus fases cronológicas. No hay que olvidar el sustrato anterior, sobre todo el neolítico cuando llegan las primeras influencias mediterráneas, a las cuales se superpusieron nuevos elementos durante el Bronce-Hierro. Sin embargo, la situación de Huesca como tierra interior y alejada del litoral, sólo comunicada a través de las vías fluviales, no favoreció demasiado la pronta llegada de las novedades culturales. Lo que es motivo suficiente para que las influencias clásicas, que en las áreas más próximas al litoral mediterráneo actuaron prontamente transformando la cultura indígena, llegaran aquí con tanto retraso que en muchos casos resulta más correcto hablar de cultura ibero-romana que de cultura propiamente ibérica¹³.

El ámbito provincial oscense presenta dos áreas bien diferenciadas: la mitad septentrional, zona de montaña, que se identifica con el sector central de la cordillera pirenaica, y la mitad sur, constituida por las hoyas de Ayerbe, Huesca, Barbastro y el mismo Somontano, Cinca Medio y Litera.

10 Nos referimos a la serie de trabajos que bajo el título de *Datos Arqueológicos Ilerdenses y Localizaciones en el Bajo Cinca*, fueron publicados por R. Pita en torno a los 50 en las revistas de Ilerda y Argensola. Estos y otros posteriores igualmente referidos al sistema de poblamiento antiguo en esta zona se hallan recogidos en *Carta Arqueológica de España: Huesca* (o.c.), p. 242. Sobre el yacimiento de Masada de Ratón, de la Edad del Bronce, también en esta zona véase L. DIEZ CORONEL y R. PITA: *Urbanismo y materiales del poblado de Masada de Ratón, en Fraga, "Caesaraugusta"* 31-32. Zaragoza, 1968, pp. 101-128; y *Memoria sobre la excavación del yacimiento de Masada de Ratón en Fraga*, en "Noticario Arqueológico Hispánico" XIII-XIV. Madrid, 1971, pp. 192-231. Recientemente se ha llevado a cabo una revisión de los materiales por parte de Ignacio Garcés del Institut d'Estudis Ilerden.

11 J. L. MAYA en la síntesis presentada a la I Reunión de Prehistoria Aragonesa, que se celebró en Huesca en 1981, titulada *La Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro en Huesca* (editada por el Ministerio de Cultura), intenta establecer una sistematización de estos periodos preibéricos a partir de los datos arqueológicos que se conocen, relacionándolos con la protohistoria languedociense para fijar su cronología.

12 Estos autores publicaron un extracto de las mismas bajo el título de *Rapport sur le campagne de fouilles (juillet, 1967). Village iberique de "Pilaret de Santa Quiteria"*, en revista "Ilerda" XXXII, Institut d'Estudis Ilerden. Lérida, 1971, pp. 167-177.

13 Está el reciente estudio de A. BELTRAN: *Problemática general de la iberización en el Valle del Ebro*, en "Simposi Internacional Els Orígens del món ibèric", "Ampurias" 38-40. Barcelona, 1976-78, pp. 187-209.

En la primera zona el poblamiento prehistórico está bien documentado. Así sabemos del uso de numerosas cavidades y abrigos abiertos en las calizas carstificadas de las Sierras Exteriores por lo menos hasta la Edad del Bronce; aunque algunas fueron reutilizadas en época tardorromana. La segunda zona, de llanuras y montañas de poca altitud, fue por sus características geográficas y climáticas más favorecida para el asentamiento humano a partir de la Edad de los Metales cuando se adoptan plenamente los sistemas de explotación de la tierra y los usos ganaderos. Es en ella donde encontramos los restos de los asentamientos que incorporaron la cultura ibérica. En contraste, esta última zona es la más afectada por los procesos erosivos favorecidos por el fuerte contraste climático reinante que impide la conservación de las estratigrafías.

Al sur nos queda un territorio mal estudiado salvo por alguna prospección esporádica. Son la comarca de Monegros y la Sierra de Alcubierre, las cuales presentan hoy día un aspecto de extrema aridez y terrenos esteparios por la escasa pluviometría. Desde el punto de vista histórico ésta es una imagen relativamente reciente. Así, disponemos de datos que ponen de relieve el valor cerealista de la zona ya desde la Antigüedad, por tanto más favorable al asentamiento en la época que estudiamos. También sabemos que en el siglo XVIII era una zona densamente poblada de árboles; Aso habla de los pinos, sabinas y carrascales que cubrían la sierra de Alcubierre, pero el proceso de deforestación a que ha estado sometida los dos siglos siguientes ha producido la realidad esteparia actual. Aún así el sector oscense ofrece un aspecto de menor aridez gracias a la irrigación que recibe desde la red hidrográfica del Alcanadre.

De las fuentes podemos extraer suficientes datos para determinar cómo estaba repartido este ámbito oscense por lo menos a la llegada de los romanos. No hay duda que el área de extensión de los jacetanos fue el Pirineo Central, limitando al oeste y suroeste con suessetanos y al este con los ilergetes. De éstos últimos hay abundantes citas en las fuentes por su reiterada intervención en varios acontecimientos bélicos del lado de los romanos, desde la segunda guerra púnica. El límite con sus vecinos los jacetanos por el norte se puede situar en la línea que marcan las Sierras Exteriores; por el oeste y suroeste tenían a los suessetanos y sedetanos (aproximadamente la línea límite viene dibujada por el Gállego desde La Peña, montes de Castejón y Sierra de Alcubierre hasta los Monegros). Esta tribu por el este llegaba aproximadamente hasta la cuenca del Segre, siendo Ilerda también ciudad ilergete¹⁴.

Una vez perfiladas las características del territorio interesa poner de relieve la desigualdad que hay en cuanto a la información arqueológica desde el punto de vista temporal y espacial. Hay una ausencia casi total de datos acerca de las formas de habitat que se dieron en la zona que geográficamente corresponde a las depresiones pirenaicas de la Canal de Berdún, formada por el río Aragón y Val Ancha, entre Sangüesa, Jaca y

¹⁴ No es nuestra intención tratar aquí estas cuestiones, analizadas con más detalle en A. DOMINGUEZ: *Las cecas...* (o.c.), p. 41 y ss. y desde luego es imprescindible consultar G. FATAS: *La población prerromana...* (o.c.).

Sabiñánigo. Si hasta época bien reciente este valle longitudinal, situado entre la cabecera del Pirineo y las Sierras Exteriores, constituyó una estupenda vía natural de intercomunicación horizontal entre los valles transversales pirenaicos, no menos debió serlo en los períodos protohistórico y romano. A través de los pasos de Canfranc y siguiendo la ruta del Aragón los peregrinos jacobeos alcanzaban Jaca para continuar por la Canal de Berdún hacia Navarra¹⁵. De los romanos sabemos que franquearon en numerosas ocasiones la cadena montañosa pirenaica por diversos puntos. De ello existen suficientes testimonios¹⁶. Se utilizó el Coll de Pertus (Gerona) preferentemente, pero hay datos arqueológicos y epigráficos acerca del uso de la ruta del Valle de Hecho en el Pirineo Central, y el *Ravenate* se refiere a otra ruta paralela que debió transcurrir por el Valle de Canfranc. De esta última no hay indicios arqueológicos por el momento, sólo algunos restos de la época localizados en Jaca que indudablemente corresponden a la ciudad establecida por los romanos sobre el antiguo *oppidum* jacetano, citada en las fuentes y que el Anónimo de Ravena transmite de forma corrupta como *Pacca*. Ya el *Itinerarium Antoninianum* hacía mención a la vía que desde Tarragona se dirigía al Pirineo pasando por *Caesaraugusta*, entre ésta y *Iacca* citaba dos estaciones intermedias, *Forum Gallorum* y *Ebelinum*, que hay que buscar por orillas del Gállego (¿Gurrea de Gállego y Ayerbe?). Nos falta conocer todavía si tal vía remontó el valle del Aragón hacia Somport, topónimo muy sugestivo ya puesto de relieve en diversas ocasiones¹⁷.

La posible utilización en época prerromana de este territorio longitudinal, cuyas condiciones climáticas de tipo más mediterráneo que las áreas montañosas circundantes favorecen los cultivos cerealistas y la actividad silvopastoril, se apoya en la toponimia a falta de vestigios arqueológicos. Así fue puesto de relieve entre otros por M. Alvar, quien estudió la toponimia del alto valle del Aragón¹⁸ y por F. Marco, que destacó un gran número de topónimos preindoeuropeos e indoeuropeos que es necesario valorar ante la evidencia de la penetración de distintas oleadas extrapenínsulares en la Edad del Hierro¹⁹.

El mismo P. Bosch Gimpera ya en 1923 aludía a las características geográficas de esta zona favorecedoras de la unidad cultural y política de la Alta Navarra y el Alto Aragón, y en otra obra redactada veintiséis años más tarde se referirá a la infiltración de elementos ibéricos desde Aquitania al Alto Aragón²⁰. Estas influencias transpirenaicas están bien documentadas en los textos clásicos. Así César en *De bellum civile*, al hablar de sus

15 Véase M. A. MAGALLON: *Notas sobre la vía romana del Valle de Hecho (Huesca)*. En "Segunda Semana Cultural del Valle de Hecho". Hecho, 1982, pp. 53-58.

16 Las numerosas citas y comentarios emitidos sobre esta vía son recogidas por G. FATAS en *La población prerromana...* (o.c.).

17 M. ALVAR: *Toponimia del alto valle del río Aragón*, en "Pirineos" 13-14. Zaragoza, 1949, pp. 393 y ss.

18 F. MARCO: *Toponimia prerromana*, en "Atlas de Prehistoria y Arqueología Aragonesas". Zaragoza, 1980, p. 54.

19 P. BOSCH GIMPERA: *El problema etnológico vasco y la arqueología*. Sociedad de Estudios Vascos, XIV, 4. San Sebastián, 1923, p. 56. *Los iberos*, Cuadernos de Historia de España de la Universidad de Buenos Aires, 1949, pp. 81 y ss.

20 Véanse los mapas de circulación de las monedas de ambas cecas en A. DOMINGUEZ: *Las cecas ibéricas...* (o.c.), pp. 359 y 360.

enfrentamientos con los pompeyanos, hace referencia a que los aquitanos solicitaron la ayuda de las ciudades hispanas fronterizas cuyas gentes habían luchado anteriormente del lado de Sertorio. Indudablemente se refería a los jacetanos. De estos jacetanos ibéricos el único testimonio material son las monedas de bronce con letrero alusivo a la localidad emisora en caracteres indígenas. Los restos arqueológicos correspondientes a este mismo momento están aún por descubrir.

Si existió o pudo existir una unidad cultural y política como indican multitud de investigadores podrían confirmarlo en cierta medida determinadas acuñaciones monetarias que manifiestan grandes analogías entre sí desde el punto de vista tipológico-artístico. Me refiero a *Arsaos*, *Arsacos-on*, *Sesars*, *Bolscan* o la propia *Iaca*. Las dos últimas —aún sin tener constancia material de sus restos arquitectónicos— no ofrecen ninguna duda de localización por la transmisión del topónimo sin sufrir alteración apenas. La ubicación de los talleres que acuñaron las monedas que soportan los demás epígrafes es ya más problemática. Mientras *Arsaos* y *Arsacos-on* se vienen situando por la vecina Navarra de forma provisional, no lejos de *Barscunes* (¿Pamplona?), no hay base alguna para ubicar *Sesars*, tal como se viene haciendo, en la localidad oscense de Sesa, a pocos kilómetros de la capital.

Podrían relacionarse estas cinco cecas con la de *Segia*, sobre la que hay suficientes datos en las fuentes escritas, numismáticas y epigráficas para identificarla con Ejea de los Caballeros, ciudad suesetana que fue estipendiaria de los romanos, en cuyos ases está presente la estrella familiar a las bolscanas y sesarenses. ¿Pudo estar *Sesars* próxima a *Segia* y por tanto no lejos del ámbito del territorio longitudinal que une la Alta Navarra con el Alto Aragón?. Es evidente que de momento no estamos en condiciones de contestar a esta cuestión por falta de referencias escritas o apoyos de otra índole, pero si nos fijamos en la circulación de sus monedas vemos que los hallazgos, extraordinariamente escasos, aparecen extendidos por el Valle Medio del Ebro —a excepción del conjunto de denarios del tesorillo catalán de Hostalrich—. Curiosamente en la misma zona, sin descender de la línea del Duero, se distribuyen los de *Segia*. No pienso que esta coincidencia sea determinante, simplemente quiero apuntar que en todo caso existen los mismos argumentos para su localización cerca de *Bolscan*²¹.

De todo lo que antecede se deduce que es necesario intensificar las prospecciones arqueológicas por la Depresión intermedia y las Sierras Exteriores para adquirir información sobre los precedentes del asentamiento medieval. Tampoco debe descartarse la posibilidad de la utilización de las cavidades o abrigos en época ibérica, si no como habitación al menos como santuarios. Ahí están las cuevas santuario o rituales suficientemente documentadas en Contestania y Edetania; y aunque no han sido detectadas por el momento en tierras castellonenses, si se prolongan hacia el sur de Cataluña. Estas cuevas, a veces relacionadas con un poblado al aire libre, se ubican en zonas poco accesibles y altas, con escasos recursos como para

21 Véase P. A. LILLO: *El poblamiento ibérico en Murcia*, departamento de Arqueología de la Universidad de Murcia. Murcia, 1981, pp. 37 y ss. y la bibliografía a la que remite este autor. Además D. FLETCHER *et alii*: *La iberización en el País Valenciano*, en "Simposi Internacional Els Orígens del món ibèric" (Barcelona-Empúries, 1977), revista "Ampurias" 38-40. Barcelona, 1976-78, p. 91.

pensar en otro uso que no sea éste, ratificado además por los materiales arqueológicos que contienen del tipo de vasitos caliciformes, pequeñas páteras, ídolos de arcilla, etc., de significación cultural²². Si bien el clima es más extremado en las sierras oscenses, las altitudes sin embargo son similares y de hecho hay cuevas que contienen elementos de culturas prehistóricas luego reutilizadas en época tardorromana y/o visigoda. En el área mediterránea se da y aquí parece que también en algún caso el hecho de coincidir con cavidades que anteriormente han tenido un uso funerario.

Se puede citar Olvena como uno de los casos típicos de pervivencia en el Bajo Imperio, porque en ella se han practicado varias campañas de excavación y se conoce bien su estratigrafía, constatándose una prolongada ocupación desde el neolítico hasta la primera edad del Hierro, momento en que se abandona y no se vuelve a ocupar hasta el período tardorromano²³. Otra cueva en una latitud más septentrional y a 1.300 m. sobre el nivel del mar es la del Forcón, cuyo estudio se ha publicado recientemente, que ha dado materiales neo-eneolíticos junto a representaciones grabadas posiblemente paleolíticas y una pieza tardorromana fuera del contexto arqueológico²⁴. Las más occidentales son las dos de Belsué, en la sierra de la Gabardiella, ambas constituyen dos cavidades situadas por debajo de los 1.000 m., muy próximas, la Artica y el Toro, que han sido objeto de sondeos dando como resultado la localización de materiales de la Edad de los Metales poco definitorios en la primera, y tardorromanos/visigodos en la segunda²⁵. En este último caso hay que averiguar porqué y en qué momento se abandona la Artica para pasar a ocupar la otra, cuestión en la que no nos interesa profundizar aquí.

En ninguna de las cuevas citadas u otras conocidas se documentan restos, por el momento, que puedan ponerse en relación con la Segunda Edad del Hierro. Únicamente hay una referencia de la cueva de las Brujas (Arcusa-Erípol), también en las Sierras Exteriores, donde A. Castán nos confirma haber encontrado un fragmento cerámico con pintura ibérica. Es un dato aislado, y desgraciadamente no procedente de excavación sistemática, por lo tanto insuficiente para afirmar el uso de estas cuevas en época ibérica. Debe ser considerado como un elemento más a favor de la urgente investigación que necesita esta área de montaña de la provincia, que con toda seguridad dará sorpresas en el futuro.

Ya prescindiendo de estos núcleos aislados de la tierra alta, vamos a ver que de una rápida ojeada a la cartografía del poblamiento a partir del Bronce final éste se presenta jalonando principalmente las arterias fluviales del Cinca y Alcanadre. Destacan tres zonas bien definidas: La Litera, los alrededores de Fraga y los términos de Sena y Villanueva de Sigena, con

22 P. UTRILLA y V. BALDELLOU: *Notas para una tipología ósea postpaleolítica. Los materiales de hueso de la cueva del Moro en Olvena (Huesca)*. En revista "Caesaraugusta" 55-56. Zaragoza, 1983, pp. 25-48.

23 V. BALDELLOU et alii: *La cueva del Forcón en la Fueva*. En revista "Bolskan" (suplemento arqueológico de Argençola) núm. 1. Huesca, 1983, pp. 149 y ss.

24 A. DOMINGUEZ: *Hallazgos prehistóricos en el prepirineo oscense: el dolmen de la Piatra y la cueva Artica*, "Caesaraugusta" 59-60.

25 Así lo plantea, entre otros, LLOBREGAT: *Orígenes de la cultura ibérica en la Contestania*, en "Simposi Internacional Els Orígens del món ibèric" (o.c.), pp. 62 y ss. En este mismo Simposio se recogen diversas aportaciones a la problemática que plantea la iberización en varias regiones peninsulares y sus precedentes.

una situación privilegiada por su cercanía a las vías de comunicación que las relacionan con las áreas vecinas, privilegio que es extensivo al hecho de haber sido objeto de mayor atención por parte de los investigadores. Al ser mejor conocidas hay más posibilidades para estudiar en ellas los precedentes y el proceso de iberización. Aún así, si en otras áreas peninsulares es arduo explicar el concepto y proceso de iberización, lo es aquí en mayor medida puesto que para analizar y valorar los elementos arqueológicos hemos de basarnos únicamente en los conocidos por los hallazgos fortuitos y de prospección superficial. Ello evidentemente no es suficiente y habrá que estudiar detalladamente su contexto arqueológico. Sólo así se podrá llegar a establecer una diferenciación segura entre objetos de tipología claramente ibérica, otros de tipología no estrictamente ibérica que aparecen asociados a los anteriores en los niveles estratigráficos conocidos, y las importaciones (intra y extrapeninsulares) en conjunción con los antedichos, tal como se ha establecido en otras áreas en la que la influencia de los elementos clásicos ha sido más temprana y directa²⁶. Entonces, el estudio del material arqueológico no se hará de forma inconexa atendiendo únicamente a la tipología —a la que estamos haciendo demasiado protagonista de la evolución cultural—, sino que se tratará de entender la evolución diacrónica de cada asentamiento analizando esos objetos dentro del ámbito cultural que les da sentido.

Este es el gran reto de la arqueología ibérica oscense que necesariamente debe remontarse a sus precedentes inmediatos, el paso del Bronce final a la primera Edad del Hierro y el desarrollo de ésta, con muchos problemas aún por descifrar. Está aún por resolver el problema de las corrientes culturales que penetraron de allende los Pirineos y su cronología, y desde luego cómo afectaron en nuestra provincia al sustrato indígena. Hay bastantes yacimientos en los que se han reconocido las típicas formas cerámicas y piezas metálicas propias del mundo hallstático y céltico y a partir de ellas se ha efectuado la organización cultural del territorio olvidando que fueron fruto de distintas corrientes llegadas a lo largo de casi medio milenio. Sabemos que algunos de estos elementos penetraron con las gentes de los primeros campos de urnas a través de los pasos orientales del Pirineo y Alto Segre entablando contacto con las poblaciones nororientales a comienzos del Bronce Medio²⁷, y con las gentes de los túmulos ejercieron una auténtica influencia en los poblados que jalonan la red fluvial del Segre, adentrándose a través del Valle del Ebro en el Bajo Aragón y la Meseta. Precisamente en el Bajo Aragón hay un conjunto bien representativo de estas influencias de los primeros campos de urnas, que A. Beltrán Martínez data del VIII a. C., no así M. Almagro Gorbea que para estas fechas considera ya su llegada a las zonas montañosas de la Meseta permaneciendo hasta por lo menos el siglo IV²⁸. Es preciso averiguar si en nuestra provincia

26 Conclusión a la que han llegado M. BARRIL y G. RUIZ ZAPATERO: *Las cerámicas con asas de apéndice de botón del Noreste de la Península Ibérica*, en "Trabajos de Prehistoria" 37. Madrid, 1980.

27 M. ALMAGRO GORBERA: *El Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro en la Meseta Sur*. Madrid, 1973. *Los campos de túmulos del Pajaroncillo (Cuenca)*, en "Excavaciones Arqueológicas en España". Ministerio de Cultura. Madrid, 1973. *La iberización de las zonas orientales de la meseta*, en "Simposio... món ibèric", pp. 93 y ss.

28 E. JUNYENT: *Acerca de la cerámica de barniz rojo aparecida en el área ilergete*, en revista "Pyrenae" 10. Barcelona, 1974, pp. 109 y ss.

constituyeron también una influencia tardía en plena Edad del Hierro, con lo cual habría que pensar en retrasar toda la cronología de esta fase cultural. Estos elementos y otros de oleadas ultrapirenaicas subsiguientes se presentan en los yacimientos casi siempre asociados a otros de tradición indígena, los cuales siguen perviviendo incluso hasta bien entrada la romanización y con frecuencia se tienden a valorar como más arcaicos; así las cerámicas de factura y pasta groseras, con la superficie espatulada o simplemente alisada en determinados casos, y decoraciones a base de incisiones o aplicaciones plásticas.

En yacimientos de la Segunda Edad del Hierro se dan estos elementos de tradición indígena con otros típicamente ibéricos. En Huesca, a excepción de las cerámicas cuya tipología o decoración es perfectamente asignable a este período, pocos más han sido valorados u objeto de estudio. Con frecuencia se utiliza como único fósil indicador la cerámica elaborada a torno, de pastas y barnices claros, con decoraciones de manguañoso sobre su superficie, despreciando la no decorada. Tipológicamente las formas más frecuentes (o las más reconocibles ante el estado fragmentario del material) son los oenochoes y kalathoi cilíndricos y troncocónicos, que en yacimientos bien estudiados están resultando ser ya de fases tardías. Afortunadamente se comienza a valorar la cerámica de barniz rojo ilergete, presente en los yacimientos oscenses y buen indicador de cronología a raíz de los estudios de E. Junyent sobre yacimientos catalanes²⁹, así como la cerámica gris indígena que la mayor parte de las veces se había despreciado o clasificado erróneamente.

No hay ningún testimonio de la presencia fenicia o griega, al menos por lo que se conoce o se ha publicado, y salvo la moneda hispano-cartaginesa, del período bárquida, y una posible representación del dios Bes que está por estudiar —ambos hallazgos de la zona literana— tampoco son demasiado abundantes los testimonios materiales de la influencia púnica en la provincia.

No hay indicios de las cerámicas greco-púnicas de importación que aparecen en otros poblados arcaicos del Valle del Ebro. Y no es extraño, porque tampoco se han encontrado o dado a conocer de momento las típicas formas ibéricas muy influenciadas por las griegas, que desde mediados del siglo V a. C. comienzan a producirse a la par que disminuyen las importaciones. No parece probable que se pueda incluir en este período antiguo yacimientos como el Castellar de Robres y los Castellazos de Albelda, tal como hace M. Pellicer, al menos por lo que se conoce³⁰. En tanto no se disponga de más documentación y a la vista de las excavaciones recientes parece que la cerámica producida en Huesca debería asignarse, en todo caso, al período III (300-200) del autor mencionado, es decir, lo que en los poblados bajoaragoneses y catalanes viene a constituir el momento de apogeo, y al período IV (200-50) o propiamente ibero-romano, con

²⁹ M. PELLICER: *La cerámica ibérica del Valle del Ebro. (Síntesis de una tesis doctoral)*, en revista "Caesaraugusta" 19-20. Zaragoza, 1962, p. 56.

³⁰ Fueron estudiadas por la firmante de este artículo en *Hallazgos de monedas en la provincia de Huesca*, revista "Argensola" 86. Huesca, 1978, p. 391 y ss.). Se tiene conocimiento de un nuevo lote extraído del mismo lugar al que se dará difusión próximamente.

presencia de las cerámicas de importación campanienses. Ya refiriéndonos a éstas hay que reconocer que son pocos los yacimientos prospectados de los que se ha dado a conocer con precisión la presencia o características de este tipo cerámico, pero si nos atenemos a lo divulgado vemos que el que más aparece es el tipo B, como en otros yacimientos del Valle del Ebro, y en segundo lugar el A; mientras hay escasas noticias del tipo C. Sabiendo el valor cronológico que tiene este elemento para afinar en la datación del material ibérico, a partir del siglo III hasta que comienzan a fabricarse las paredes finas y sigillatas itálicas, sería deseable que se le prestara más atención divulgándose las formas aparecidas.

No llegan a una veintena los yacimientos de los que tenemos noticias de hallazgos de cerámica campaniense, y muchos menos de los que se precisa el tipo al que corresponden. Prescindiendo de Olriols y la Vispesa que dan bastantes fragmentos de formas B o B-oide, A en menor proporción, y el primero también de imitación local, porque como ya se ha dicho son yacimientos que están en período de estudio, y de otros poco significativos por el momento, quiero centrar la atención sobre un grupo. Constituyen puntos salpicados por la tierra llana desde el somontano hasta la sierra de Lanaja, que se conocen únicamente por prospecciones superficiales o hallazgos fortuitos efectuados por particulares, pero que exhiben piezas lo suficientemente interesantes o están emplazados en territorios estratégicos mostrando restos arquitectónicos de cierta entidad en más de un caso, que merecerían se les prestara mayor atención. Su investigación, al menos a partir de cortes estratigráficos selectivos, proporcionaría una idea bastante aproximada de la evolución del habitat desde la primera Edad del Hierro hasta la romanización.

Betance (Bolea). En este habitat amurallado que se asienta sobre un cerro de mediana altura, en la partida de La Corona, hay cerámica ibérica asociada a campaniense A y B, y restos de pavimento *opus signinum*. Un particular recogió un exvoto de bronce que representa un león acostado con la cabeza levantada y las fauces entreabiertas, la cola se enrosca sobre el lomo. El tratamiento y técnicas de representación de los detalles anatómicos son muy sumarios, distanciándose bastante de otros ejemplares de época romana a la vez que constituye una pieza excepcional en el arte ibérico bronceo. Otra de las piezas de interés procedentes del mismo yacimiento es un amuleto fálico, de tipo sencillo, con anilla de suspensión en la parte superior, falo e higa y creciente en la parte inferior. Por último, el conjunto de monedas de las cecas de *Bolscan*, *Bilbilis*, *Iltirda*, *Segia* y *Sesars*³¹ son determinantes para clasificar este asentamiento en época ibero-romana, aunque la presencia de materiales de la cultura "urnenfelder" en una zona cercana hace sospechar un nivel cronológicamente más antiguo. Es un broche de cinturón en bronce fundido, de tres garfios y escotaduras laterales cerradas y una fíbula, del mismo metal, con resorte de ballesta corto y pie alto rematado por un botón plano, elementos ambos que aparecen bien datados en contextos estratigráficos del período IV de

31 Véase E. LLOBREGAT: *Contestania Ibérica*, Instituto de Estudios Alicantinos. Alicante, 1972, pp. 156-157, donde cita la bibliografía referente a la pieza.

Languedoc. Nos dan por tanto una datación entre los siglos VI y V a. C., muy útil, que deberá ser confirmada en el poblado.

Puibolea. También sobre un cerro, próximo a esta localidad, se halló campaniense A con cerámica a mano de tradición indígena y otra común a torno, un amuleto de triple falo con anilla de suspensión y varias monedas ibéricas y romanas. Entre este material destaca una pieza argétea de procedencia gala del tipo "à la croix", es decir, con reverso dividido en cuarteles y cabeza triangular en el anverso, anepígrafa; su peso (2,46 g.) corresponde a la reducción que sucede alrededor de los primeros años del siglo II a. C. en las dracmas y debe coincidir igualmente con la del denario romano y la creación del as uncial. Esta pieza gala y otras dos que se conocen del yacimiento de Olriols —en este caso se trata de dos estáteras de vellón acuñadas por los pueblos occidentales de la Galia Armoricana a imitación de las de Filipo II de Macedonia—, con una cronología similar, constituyen datos del mayor interés para rastrear la penetración de estos pueblos del otro lado de los Pirineos, puesta sólo en evidencia por la toponimia y la epigrafía (numismática también, por supuesto).

Cabezo del Lobo (Albero Alto). Por la superficie de un amplio cerro y laderas es visible gran cantidad de material cerámico correspondiente a formas de tradición indígena, otras ya plenamente ibéricas y campaniense A. Son sobre todo fragmentos de kalathos con decoraciones a base de líneas paralelas y la parte central de un thymaterion de arcilla, sin decorar.

El Castellar (Robres). Hay restos de estructuras de habitación junto a materiales ibéricos y campaniense A en la cumbre de un cerro. En la zona llana, próximo al poblado, se ha investigado y está en curso de publicación una necrópolis de campos de urnas; de los catorce círculos de piedras reconocidos sólo dos se hallaron sin violar recuperándose un pequeño brazalete y una fibula de pie acodado y resorte en ballesta, fragmentada, con urnas propias del momento. Es de esperar que estos enterramientos estén relacionados con una fase preibérica que habría que descubrir en el poblado.

La Malena (Lanaja). La zona que rodea esta localidad hacia la sierra de Alcubierre es prolífica en yacimientos desde la Edad de los Metales a época romana. En una vasta partida próxima se localiza una alineación de tres cerros con altitudes en torno a los 500 m. que dominan una amplia zona llana, en uno de ellos son visibles bastantes restos de construcciones y de cerámicas. Predominan las de torno con decoraciones a base de franjas paralelas en manganeso, algún ajedrezado, campaniense A, barniz rojo, y gris indígena. Hay una forma completa de jarrito bitroncocónico o de galbo acampanado, de pasta fina, sin decorar, que mide unos diez centímetros de altura. En los cerros adosados a éste abundan las paredes finas, sigillatas itálicas y gálicas. De la misma zona es una planchita de plomo, de significación controvertida, con la impronta de un reverso de denario bolscano, además de varias monedas ibéricas de *Ilducoite*, *Iltirida*, *Celse*, *Bilbilis*, *Bolscan*, *Segia* y *Beligiom*.

Cerro de Nuestra Señora de la Alegría (Monzón). Este yacimiento cercano a la localidad de Monzón es tan conocido como espoliado. Se tiene noticia

de bastantes hallazgos ibéricos y romanos ya desde finales del siglo pasado y parece que debe corresponder a un *oppidum* ibérico con perduración hasta época imperial. Se advierte por la superficie restos de habitaciones y materiales ibéricos y campanienses. Son numerosos los particulares que conservan piezas como glandes de plomo, representaciones figurativas en piedra y cerámica, monedas de *Cesse*, *Itirida*, *Bolscan*, *Sedeis* y *Arecorada*.

Los Castellazos (Albelda). Sobre la cumbre de un cerro alargado se distribuyen los restos de otro poblado indígena, con materiales posiblemente hallstáticos e ibéricos, romanizado posteriormente. De esta última época data un cubo de muralla en planta cuadrada que aprovecha parcialmente un farallón rocoso. Destacan abundantes restos de cerámica ibérica común y pintada, barniz rojo y campaniense A-B. Pudieran proceder de aquí dos esculturas labradas en piedra arenisca, de medidas aproximadas 60 cm. de altura por 30 de anchura, que actualmente se guardan en la parroquia de la localidad. Representan dos figuras sedentes de hombre y mujer, a las que les falta la cabeza y brazos, sin indicio alguno de ropaje, y fueron vistas hace unos años colocadas en la parte superior de la ermita de San Sebastián que se levanta en un cerro a las afueras de Albelda. Este tipo de representación tan desconocido en el arte ibérico incluso en áreas donde tiene mayor entidad la escultura, llevó en tiempos pasados a sus descubridores a hablar de "esculturas egipcias", filiación que debe ser descartada rotundamente y estudiar detenidamente sus paralelos. Hay una mención a un torso femenino desnudo, hallado en Redovan (Alicante) de París y Engel, sin posibilidad de comprobación³². Creemos que las oscenses están más próximas a las romanas o en todo caso ibero-romanas.

El Castillo (Chalamera). Aunque los restos de este asentamiento están bastante distorsionados debido a las alteraciones producidas durante la guerra civil por la instalación de trincheras, es lo suficientemente atractiva su posición y los materiales ya conocidos como para instar a realizar una investigación seria del mismo. De momento parece que se trata de un establecimiento ibero-romano republicano, con campaniense A, B y de imitación emporitana tipo G, junto a materiales cerámicos ibéricos tardíos. Hay materiales metálicos de importancia, como fibulas anulares fragmentadas, apliques decorativos y un pendiente de oro con trabajo de filigrana, que constituyen una pequeña muestra de lo poco que se conoce de este apartado tan cuidado por los ibero-romanos que fue la orfebrería; además de unas piezas de plomo que pudieron usarse como contrapesos de redes. También aquí han sido recogidas monedas ibéricas de las cecas de *Itirida*, *Beligiom*, *Barscunes* y *Orosis*, e hispanolatinas de Clunia e Ilerda.

Finalmente se trata de llamar la atención sobre dos poblados prácticamente arrasados por la mano humana: el Vedat de San Simón (Fraga) y el del Castellar, en el monte de las Pueblas (Esplús), éste junto al yacimiento romano que se identifica con la *mansio* de *Mendiculeia*, del que se conocen abundantes restos. Del asentamiento ibérico es un relieve escultórico en piedra arenisca, fragmentado, que parece representar rasgos de un équido y debía formar parte de la composición del frontal de un edificio. El Vedat de

32 A. BELTRAN: *Problemática general de la iberización del Valle del Ebro* (o.c.), p. 200.

San Simón, sabemos que dio cerámica pre y campaniense A, ibérica común y pintada, y sillares bien trabajados. Otro, próximo a Binaced, en la partida de Ripoll y conocido por prospecciones superficiales, está siendo bastante castigado por las incesantes búsquedas de particulares; será de gran interés su investigación por los materiales visibles y el potente nivel de destrucción que ofrece.

Hemos elegido —no al azar sino en virtud de unas características determinadas que nos parece merecían destacarse— un conjunto de yacimientos repartidos por la tierra llana, unos ponen de manifiesto la evolución de una comunidad en un mismo lugar desde la Edad del Hierro hasta época romano-republicana o quizás imperial, otros constituyen asentamientos ibero-romanos instalados *ex novo* sobre un cerro. A Beltrán afirmaba recientemente que “el problema esencial que plantean los poblados ibéricos es su continuidad desde lo hallstático hasta lo romano y las dificultades para separar un esquema que puede ser llamado con seguridad ibérico”³³. Efectivamente éste es un problema que está por investigar y que su solución pasa por la revisión de estratigrafías y el conocimiento de otras nuevas para poder relacionar estos yacimientos entre sí y con los de otras áreas.

Por último, y como se espera de un trabajo de estas características, interesaría por lo menos, ya que el espacio no permite otra cosa, enunciar a modo de prospectiva algunos puntos sobre los que hay que profundizar:

—El conocimiento de las cotas de altitud donde se localizan exactamente los yacimientos con niveles ibéricos y su relación con el entorno. En una primera ojeada se observa que habitualmente aparecen establecidos en terrenos de poca pendiente, lo normal es entre 3 y 20 %, siendo menos los que se instalan en zonas que superan esta inclinación. Esta regla siguen los que se localizan por los alrededores de Tamarite de Litera o por el Bajo Cinca, donde es patente que la orilla izquierda, con terrenos más llanos, es la más poblada. Se evitan, pues, las pendientes más escarpadas y los cerros más altos, más utilizados, por otro lado, en el poblamiento anterior.

—La extensión de los asentamientos y su funcionalidad. A primera vista los que conocemos son de pequeñas dimensiones y debieron tener una función eminentemente agropastoril, pero no está totalmente demostrada esta realidad. Está todavía por encontrar alguno que por sus dimensiones pueda considerarse propiamente ciudad y los datos numismáticos son bastante elocuentes al respecto, como se ha comprobado en otras provincias aragonesas. En el mapa de los asentamientos ibéricos de los valles de la Huerva y del Jiloca, una buena parte tienen una extensión en torno a la media hectárea, sólo unos pocos sobrepasan estas medidas hasta aproximadamente la hectárea y media, y excepcionalmente superan ésta. Por ejemplo, entre los mayores están el de San Esteban del Poyo del Cid, Zafra y Botorrita³⁴ los cuales se relacionan con la ubicación en su solar de núcleos urbanos.

33 P. BURILLO: *Yacimientos ibéricos de los valles de la Huerva y Jiloca Medio*, en *Atlas de Prehistoria y Arqueología aragonesas* (o.c.), p. 78.

En Huesca parece que predomina un tipo de asentamiento en pequeños cerros que se alzan en terrenos aluviales o de llanuras, a veces fortificados, y poco más sabemos; incluso se desconocen las necrópolis que lógicamente no debían estar lejos.

—La prospección de yacimientos junto a las vías de comunicación. Es preciso examinar detenidamente las márgenes de las calzadas romanas en busca de yacimientos ibéricos pues sabemos que muchas de estas rutas se establecieron aprovechando los caminos naturales ya usados con anterioridad por los indígenas. Esto se ha demostrado en el sur de Aragón donde la vía romana que discurre desde Caesaraugusta hacia el sur está jalonada por abundantes yacimientos ibéricos³⁵. Hay que prospectar, pues, sistemáticamente estas zonas marginales de los tramos de calzadas conocidas o hipotéticas, precisamente donde se tendrían que localizar los grandes núcleos urbanos.

—También la estructura urbanística está por conocer. Sólomente el Pilaret de Santa Quiteria ha sido excavado (aunque no todo científicamente) en una buena parte de su extensión, y se pueden ver los restos, bastante maltratados por el tiempo, de una veintena de habitaciones. Estas se distribuyen por la superficie aplanada de una colina escarpada que se eleva a la orilla izquierda del Bajo Cinca. Son aparentemente habitaciones de forma rectangular que incluirían más de una estancia, cuyas paredes se levantaron parcialmente en piedra, y poco más sabemos del esquema constructivo³⁶. A partir de otros poblados aragoneses sabemos que las casas eran de buen tamaño con distintas habitaciones separadas por muros de tapial enlucidos con arcilla y encalados; así en el Poyo del Cid los muros son de mampuestos irregulares continuados con adobes revocados por arcilla fina. En Herrera de los Navarros (Zaragoza) se usó como pavimento la piedra original y un relleno compuesto por dos capas de tierra arenosa y arcilla. Características similares parecen reconecerse en el yacimiento de Oliols, donde será posible quizás llegar a determinar otra de las incógnitas de esta época, y es la referente a la disposición interna de las viviendas acaso pervivencia de las indígenas o célticas.

—No conocemos aún, ni por excavación ni por prospección, un yacimiento que aporte materiales ibéricos de facies arcaicas, por el contrario todos corresponden a una facies ya plenamente iberizada. Está por explicar ese salto desde niveles con materiales característicos del final de la primera edad del Hierro (como en Bolea o en Robres) y un horizonte cultural ibérico plenamente desarrollado; vacío que no tenemos en las tierras leridanas o en el Bajo Ebro. Es preciso, pues, buscar los horizontes

34 Idem.

35 Este poblado fue luego reutilizado en época romana. De los restos visibles en superficie se deduce que llegó hasta época imperial pero los datos aportados por sus descubridores son tan exigüos e imprecisos que no permiten establecer una cronología clara. Dan a entender que se sucedieron tres niveles: preibérico, ibérico y romano; sin embargo respecto al primero tenemos nuestras dudas pues carecemos de las estratigrafías y sólo a partir de la cerámica "hecha a mano, de pasta gris o negra" es imposible asegurarlo. También se refieren a una cerámica de barniz ocre "diferente de la sigillata" ¿quizás la de barniz rojo ilergete? La ibérica que publican son formas de kalathos sobre todo con decoraciones que recuerdan las de otros habitats como Oliols o la Vispesa. A falta de disponer de la memoria de los trabajos arqueológicos hay que consultar el resumen publicado por los mismos investigadores: J. QUERRE, R. PITA y H. SARNY: *Rapport sur le campagne...* (o.c.).

ilergetes más antiguos en aquellos asentamientos con niveles preibéricos, así como la explicación del abandono de algunos en los que se muestra la cultura ibérica en pleno apogeo, o, por el contrario, la recepción en los mismos de la romanización.

Estos son algunos de los aspectos que hay que investigar, por su puesto no todos. Nuestro objetivo al redactar estas consideraciones a las que damos cabida en el presente homenaje a nuestro profesor y maestro Antonio Beltrán Martínez, es poner una vez más de relieve la problemática de la arqueología oscense y dar pie a la elaboración por parte de otros investigadores de trabajos en los que se aborde la prospección sistematizada de áreas amplias y el estudio de yacimientos concretos. Está claro que la carencia de datos que tenemos de ésta y otras fases culturales de la provincia de Huesca es debida a no haberse prospectado con la adecuada dedicación e intensidad, hecho que contrasta con la investigación llevada a cabo en las otras provincias aragonesas o en la vecina Lérida.